



GRAN BRETAÑA RENUNCIA A SUS ILUSIONES HISTÓRICAS

Por **EDUARDO HARO TEGGLEN**

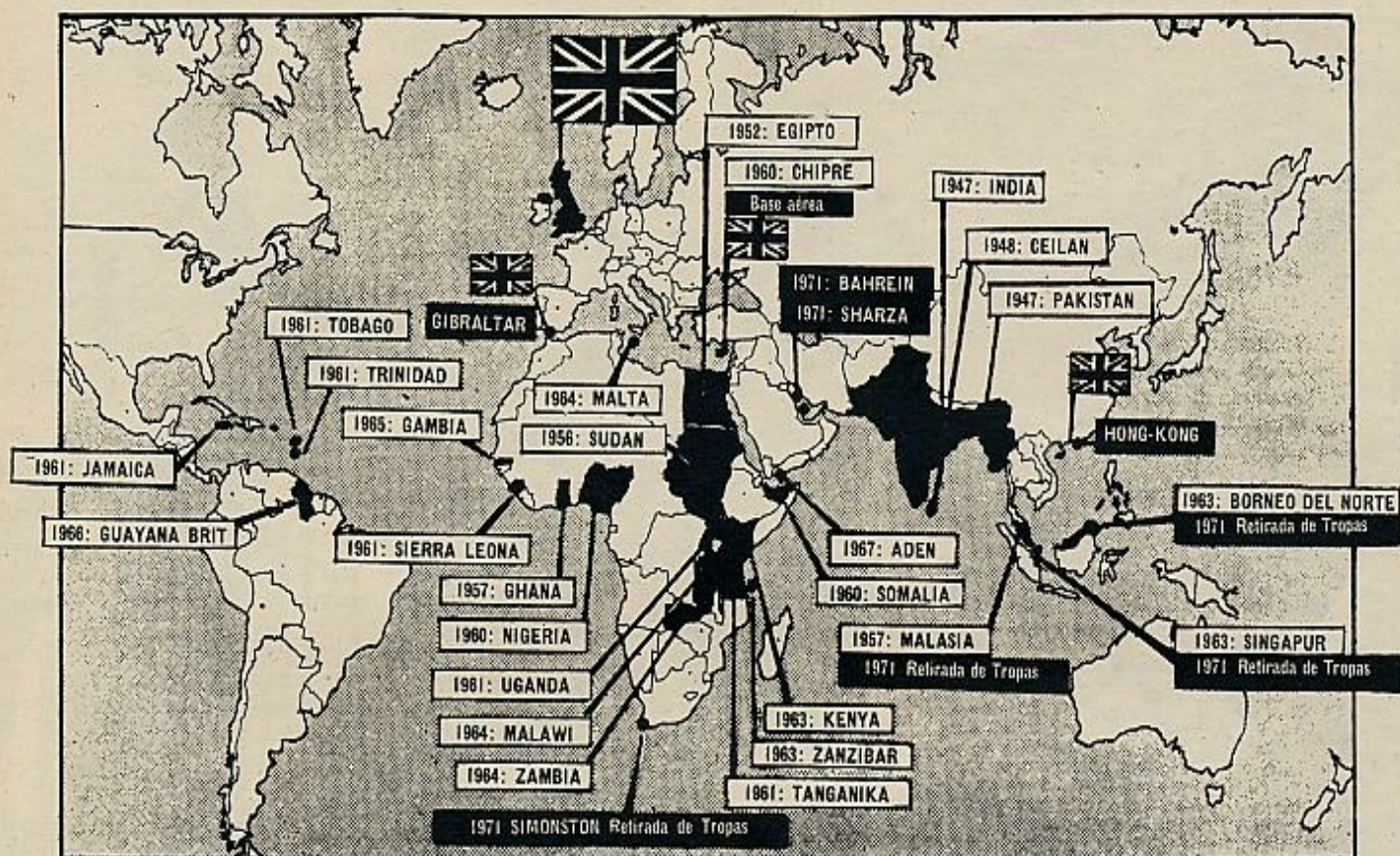
EN el momento en que el esfuerzo militar de los Estados Unidos en Asia es más duro, cuando la situación estratégica en el Mediterráneo ha cambiado hasta hacer perder su hegemonía a los Estados Unidos, cuando la crisis general de Oriente Medio tiene un aspecto más peligroso que nunca, la Gran Bretaña decide una retirada general, desde ahora hasta 1971, en la que abandonará sus últimas actuaciones imperiales en Asia —a excepción del fascinante y simbólico Hong-Kong—, reducirá sus bases en Chipre, se retirará de los pequeños y ricos estados petroleros del Golfo Pérsico. Es un abandono de lo que aún llamamos Occidente y debemos acostumbrarnos ya a llamar sencillamente Imperio Americano, lo cual está más en consonancia con su realidad. Un abandono que podría compararse al de la OTAN por Francia si no fuese porque es más grave y más cargado de significaciones históricas. Una diferencia esencial es que Francia ha mantenido siempre unas relaciones dialécticas con los Estados Unidos; primero, una parte masiva de su opinión rechazaba la influencia y la determinación americana sobre su política de la postguerra; más tarde, a partir de la toma de poder del General De Gaulle, el desafío se hizo patente y claro, y adquirió las condiciones de una «escalada» que aún no ha cesado. Mientras, Gran Bretaña se iba ligando cada vez más a los Estados Unidos, a partir del binomio Churchill-Roosevelt, más cuajado cuando se convirtió en Churchill-Truman —porque las dos mentalidades conservadoras y guerreras estaban más acordes— hasta nuestros días, en que se había llegado a una dependencia considerable de Gran Bretaña con respecto a Estados Unidos en dos cuestiones esenciales para la independencia de una nación, como son la economía y la defensa. Otra diferencia importante es que Francia partió de una posición nacionalista de fuerza. Francia, como dirigida por un General, pretendía y pretende situar primordialmente su posición independiente en un énfasis militar: su bomba atómica propia, sus aviones de combate, la modernización de su ejército: en una palabra, no sólo los elementos necesarios para poder zafarse de una guerra que no sea la suya, sino para poder comprometerse con ciertas posibilidades de éxito en una guerra propia (el que estos objetivos se hayan cubierto o puedan llegar a cubrirse es otro problema: lo que interesa aquí es dejar constancia exclusivamente del propósito). En Gran Bretaña, en cambio, lo que sucede es un poco distinto. Es, en lugar de un esfuerzo de concentración, un abandono de líneas de defensa. Incluso de defensa nacional, no ya de defensa imperial.

Desde un punto de vista meramente pintoresco y literario, la decisión británica tiene las características que algunos líricos llaman «el final de una era». La era del Imperio británico, de la intervención global, del dominio de los mares. En realidad, la era había terminado mucho tiempo atrás, precisamente en el momento en que Churchill tuvo que pedir a Truman que interviniese en Grecia y Turquía, y en Persia, en Siria, donde sus tropas y su dinero ya no podían resistir el esfuerzo imperial de intervención, y que continuó con el abandono de los enormes jirones del imperio que eran India y Egipto. Este fin de época de ahora es una consagración retórica de realidades anteriores y, más bien que el abandono de un imperio, supone el abandono de unas servidumbres. Aquellas servidumbres por las cuales, a cambio de un poco de oro, de una ayuda económica tan sabiamente dosificada para que Gran Bretaña no pudiera jamás valerse por sí sola, se mantenía un esfuerzo imperial que no beneficiaba más que a los Estados Unidos. Las tropas británicas y sus importantes bases al Este de Suez y en la Alemania Federal significaban ni más ni menos que la venta de unos ejércitos de mercenarios, disfrazados de intereses nacionales. La idea emitida por el «Guardian» de que «en

la perspectiva de la historia la retirada británica del Este de Suez tendrá, probablemente, más sentido que la intervención de los Estados Unidos en Vietnam» es probablemente retórica si no se refiere precisamente a la intervención de los Estados Unidos en el Vietnam y en Asia en general. La retirada británica del Extremo Oriente tiene precisamente el significado de que la intervención en el Vietnam es, más que nunca, un asunto exclusivamente americano y no puede contar con el último disfraz occidental que le prestaba la presencia británica en Malasia y en Singapur.

Ahora bien, con estas medidas, Gran Bretaña, además de descargarse de un importante peso económico, que supondrá un ahorro de cien millones de libras esterlinas en el presupuesto de defensa de 1969-1970, y de 260 millones de libras en el momento en que la operación esté consumada, se descarga también de una importante tensión psicológica, de una inadecuación a su posición real. Gran Bretaña sabe ahora que ya no es una gran potencia. No lo era, había dejado de serlo hace tiempo, como queda dicho más arriba, pero creía que lo era, actuaba como si lo fuera. En las naciones, como en los individuos, esta inadecuación a una posición nueva engendra neurosis. «Hemos estado viviendo en un nivel superior al de nuestras posibilidades», ha dicho Wilson en su discurso ante los Comunes; lo ha dicho como quien despierta de un sueño. Ya hace tiempo lo habían visto los intelectuales; han pasado los años suficientes como para que se enteren hasta los políticos. La generación de los «angry young men», de los jóvenes coléricos, era la de los que mostraban su cólera precisamente por la inadecuación de la vida nacional a la realidad. Hace años que John Osborne escribió «The Entertainer», obra simbólica en la que Gran Bretaña aparecía ya convertida en una especie de payaso del mundo; la proyección posterior británica —el gran cine, la minifalda y las modas jóvenes, los Beatles, la juventud-protesta, el teatro y la literatura de calidad, como la de un Sillitoe— repartían por el mundo una visión caricatural de la gran expansión británica; probablemente más noble y más eficaz que la de la pólvora y el cuchillo, pero de un sentido muy distinto.

Deliberadamente, pero también inevitablemente, la Gran Bretaña tiene ahora que hacer un repliegue sobre Europa. «Nuestra seguridad debe estar fundamentalmente en Europa, debe estar basada en la OTAN», dice Wilson. No ha hablado del Mercado Común. En Inglaterra, ahora, no se habla del Mercado Común; es «shocking», es un tema de mala educación, en vista de la posición de inferioridad repetida a lo largo de los años en que ha sido colocada la Gran Bretaña. El veto francés se refería muy principalmente a la dependencia excesiva de Gran Bretaña con respecto a los Estados Unidos. Para Francia —para De Gaulle—, el Mercado Común es algo que debe construirse al menos al margen —si no contra— de los Estados Unidos; se trata de la formación de una entidad europea capaz de competir no sólo en riqueza, sino también en técnica, en ciencia, en independencia económica, de los dos bloques en presencia, el soviético y el americano. Gran Bretaña, dentro de esta organización soñada —y, probablemente, imposible— debía representar una especie de caballo de Troya de los Estados Unidos, con su moneda sostenida artificialmente por el dólar y por el oro de Fuerte Knox, con sus aviones americanos —los F-111 encargados a Estados Unidos fueron anulados; lo son también los que se habían pedido a la General Dynamics—, con su apoyo a la guerra del Vietnam. Es cierto que Alemania Federal mantiene una posición de mayor entrega aún a los Estados Unidos, pero ese país estaba ya dentro de la comunidad europea, y De Gaulle no podía vetarlo como ha hecho con Gran Bretaña. Desde una cierta perspectiva puede considerarse que las



En este mapa aparecen los territorios abandonados por la Gran Bretaña desde 1947; aquellos otros de los cuales se retirara en 1961 y los tres que pretende retener: Gibraltar, Chipre y Hong-Kong. No constan los antiguos «dominios»: Canadá, Australia, Unión Sudafricana, Nueva Zelanda y Rhodesia. Fin de un Imperio.

decisiones tomadas por Wilson, y sometidas ahora a la Cámara de los Comunes, han sido forzadas por la política francesa y constituyen un éxito para el General De Gaulle, lo cual no quiere decir que sean un pasaporte instantáneo para el ingreso en el Mercado Común. El General es hombre de ideas lentas y de digestiones difíciles, y aún le costará trabajo digerir a Gran Bretaña aunque se presenta, como ahora, descremada.

En el otro lado del mundo, las noticias han sido recibidas con estupor y desagrado. La carrera a Londres de Lee, primer ministro de Singapur, no ha dado resultado; Singapur y Malasia se encuentran ahora ante el riesgo de que las bases ahora vacías sean ocupadas por el ejército americano, quieran o no ellos; y aunque el Departamento de Estado se ha apresurado a decir que «por el momento» los Estados Unidos no piensan en hacernos movimientos militares sobre esos países, nadie puede tener confianza en que sea realmente así. El disgusto se extiende hasta Australia y Nueva Zelanda, dos países que viven en una angustia racial, temen que sus grandes extensiones vacías lleguen a ser un objetivo para los «amarillos», importan inmigrantes blancos de Europa y novias blancas para sus gentes —España, por cierto, suministra un contingente interesante— y el muro de contención frente al mundo amarillo les parece ahora más débil, y les impide el juego supuesto de mantenerse como una parte de Europa: tienen ahora que jugar, clara y directamente, a la política americana, que ya les ha obligado a enviar contingentes de tropas al Vietnam. En aquella zona del mundo, las medidas de Wilson se anuncian como una aproximación al final de la Commonwealth de naciones. Es un piadoso eufemismo. El final de la Commonwealth se había producido, también, hace años, y no quedaban más que débiles lazos. Naturalmente, donde el disgusto ha sido mayor es en Washington. Todos los esfuerzos de Johnson y de Dean Rusk para impedir o para aplazar estas medidas han sido inútiles. Queda apuntado el daño psicológico y político que supone para la Casa Blanca el abandono de un aliado —de otro aliado, y del que parecía más seguro— en una empresa que se trata de disfrazar de acción del mundo libre y de defensa de las libertades comunes —olvidando fácilmente que cuando Francia trató de adoptar la misma envoltura en Indochina y en Argelia no fue oída, y que cuando Francia y Gran Bretaña se pusieron esa piel de cordero en Egipto no solamente no fueron oídas, sino que fueron públicamente condenadas y forzadas a retirarse—, le deja una mayor desnudez de propósitos imperiales. Pero no es tanto la retórica y el disfraz lo que importan en Washington, donde el desenmascaramiento se está realizando cada

vez más desde el interior del país, sino las consecuencias reales. Es decir, el no poder disponer de unos ejércitos que antes quedan considerados como mercenarios, para sujetar la situación en el Sudeste asiático —y en Oriente Medio— y tener, por consiguiente, que aumentar la extensión de su presión militar. Esos millones de libras que se va a ahorrar Gran Bretaña va a tener que gastar los Estados Unidos en un momento en que trata de defender el dólar con medidas de austeridad y en el que está comprometido gravemente el alivio de las cargas sociales de los grupos inferiorizados de la sociedad, lo cual es prometedor de nuevos disturbios; esos millares de soldados que Gran Bretaña repatria van a tener que salir ahora de la juventud americana, a una juventud que rompe sus cartillas militares en la puerta de los centros de reclutamiento. La pérdida de Gran Bretaña es, repito, mucho más grave para Estados Unidos que la defección francesa de la OTAN y de la defensa europea.

¿Se puede esperar una medida de realismo paralelo por parte de Washington? Más claramente, ¿se puede esperar que la Casa Blanca adopte una medida de retirada estratégica similar a la que ha emprendido Londres? No hay síntomas de ello; es más, hay síntomas negativos. Las últimas ideas de paz lanzadas por Hanoi, y recelosamente examinadas por los Estados Unidos, parecen ahora comprometidas por un discurso del presidente de Vietnam del Sur protestando contra las posibilidades de una negociación directa entre Vietnam del Norte y los Estados Unidos. Parecerían unas declaraciones intempestivas si no supiésemos que nada de cuanto se dice o se hace oficialmente en Saigón pasa sin la aprobación de los Estados Unidos; parece más bien una maniobra destinada a cargar sobre otros la responsabilidad de no negociar y descansar así las ya abrumadas espaldas de Johnson.

Gran Bretaña parece tener ahora, por primera vez desde la II Guerra Mundial, una posibilidad de ser una nación por sí misma, desbaratados los sueños de grandeza, y la situación irreal en que se encontraba. Repito, porque lo creo importante, que Wilson no ha tomado una decisión propia y original, sino que se ha visto forzado a ella, y que estas medidas no son más que la consecuencia de un largo proceso histórico, su consagración oficial. Pero despejar la situación es un acto realista y positivo para el que se necesita un valor político rayano en el heroísmo. Wilson lo ha tenido, al menos en apariencia: su vieja capacidad de prestidigitador puede hacer que trate aún de encontrar soluciones regresivas. Sobre todo, si De Gaulle no le ayuda, ahora, a mantenerse en sus principios.